

La subversión no es historia antigua

Pedro de la Hoz

Qué diría el ciudadano medio norteamericano si un día se enterara que desde Cuba se organizan redes para derrocar al gobierno de su país, y se financian programas destinados a destruir la misma esencia de su sistema político.

Esto, ni más ni menos, es lo que ha venido haciendo el gobierno de Estados Unidos contra Cuba por 55 años. No se trata de una ficción ni de una reacción paranoica. Basta con abrir ahora mismo el sitio oficial de la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo (USAID). Allí, sin el más mínimo pudor, se detallan las partidas que irán recibiendo hasta septiembre de 2014 o 2015 según el caso siete organizaciones asociadas a sus programas anticubanos, a saber, la Fundación para los Derechos Humanos en Cuba, el Grupo de Apoyo a la Democracia, International Relief and Development, Pan American Development Foundation, New American Foundation,

el Instituto Internacional Republicano y el Instituto Nacional Democrático.

Para justificar su accionar contra nuestro país, la USAID despliega al frente del sitio unas palabras pronunciadas el 19 de diciembre del 2011 por el presidente Barack Obama, que resumen una retórica goebbeliana, cuando no una lamentable ignorancia: “El futuro de Cuba debe ser determinado libremente por el pueblo cubano. Tristemente este no ha sido el caso por décadas ni es el caso hoy. El pueblo cubano merece los mismos derechos, libertades y oportunidades que cualquier otro. Y es por ello que Estados Unidos continuará apoyando los derechos básicos del pueblo cubano”.

Comprendamos, sin embargo, que solo mintiéndose a sí mismos y a los contribuyentes, se puede desatar un montaje ofensivo de tamaña magnitud contra un país vecino que nunca, ni por asomo, ha atentado contra las instituciones norteamericanas.

No es historia antigua la que aquí se expone. El 10 de julio del año pasado, bajo el enigmático código SOL-OAA-13-000110, la USAID circuló un documento mediante el cual se ofrecían seis millones de dólares a unas 20 supuestas organizaciones no gubernamentales a fin de que estas canalizaran recursos para el “entrenamiento” de “disidentes” dentro de la Isla. (Y luego se insultan cuando se les llama mercenarios).

Por esas mismas fechas William Ostick, portavoz de la Oficina de Derechos Humanos, Democracia y Trabajo del Departamento de Estado, anunció el inicio de un proceso de licitación para que aquellas organizaciones interesadas en “promover los derechos humanos en Cuba” accedieran a fondos gubernamentales.

La oferta quedó explícitamente detallada: un millón y medio de dólares para el llamado periodismo independiente; 850 000 dólares para herramientas digitales; 750 000 dólares para los

derechos laborales; y 500 000 dólares para la igualdad y defensa de la población afrocubana. Estos dos últimos acápite resultan reveladores: por derechos laborales debe leerse el intento por dinamitar la unidad del movimiento sindical cubano justamente en medio de la convocatoria al Congreso de la CTC, mientras que la extemporánea apelación a la “población afrocubana” —entre nosotros los negros y mestizos no nos llamamos a nosotros mismos “afrocubanos” como los blancos tampoco “eurocubanos”— parece un intento desesperado por introducir una cuña divisoria en la unidad de la nación.

Estos son apenas unos cuantos datos —públicos, por demás; qué no habrá debajo de la superficie— imposibles de desconocer para tener la medida del escenario hostil y agresivo en el que debemos desarrollar nuestros programas de actualización, consolidación y perfeccionamiento del modelo socialista cubano.



Entretenimiento y cultura

Rolando Pérez Betancourt

Decididamente la llamada industria del entretenimiento le viene ganando la carrera a la cultura, no pocas veces disfrazándose esa industria —y es lo que más duele— de “producto cultural”.

El desarrollo tecnológico ha hecho que niños y jóvenes miren desconcertados a sus padres y abuelos cuando estos les reprochan no haber leído uno solo de los libros que ellos, “en su tiempo”, devoraron.

Recriminación ante la cual los aludidos se defienden alegando que los progenitores vivieron en la edad de piedra, sin “Play Station Portable”, y otras delicias electrónicas que hacen grata la vida.

El entretenimiento nació para hacerle frente al aburrimiento y como tal no puede criticarse, pero gradualmente la industria globalizada que lo aúpa se ha ido introduciendo en el campo de la cultura y la desvaloriza por día, tratando de reducirla al concepto de espectáculo vendible.

Es más fácil entonces vender filmes sustentados en los efectos especiales, que cualquier cinta de calidad premiada en prestigiosos festivales para satisfacción de aquellos que todavía

creen en la naturaleza de la creación artística y la defienden a cualquier precio.

La trivialización de la cultura trae aparejada confusiones y desconciertos. Los encargados de lidiar con ella tienen la responsabilidad de conocer el terreno que pisan para no convertirse en tontos eficaces, divulgadores de lo que fabrican otros, la mayor parte de las veces con una intención nada ingenua en lo que a ideología y política respecta.

Hoy son unos cuantos los que consideran demodé y hasta cansino el análisis teórico de lo que se consume en el campo del “entretenimiento cultural”, mientras que los fabricantes de esos productos se aprovechan del repliegue de neuronas para seguir difundiendo a los cuatro vientos la misma bazofia contaminante y, para ellos, millonaria.

El desarrollo tecnológico de las últimas décadas ha traído un aire renovador en no pocos aspectos de la creación artística y también en sus soportes de divulgación, por lo tanto, restituir la cultura al sitio que le corresponde no es devolverla mecánicamente a los cánones del pasado.

Pero la cultura tiene que seguir siendo cultura y ello deben saberlo tanto los que la juzgan y la difunden, como los que la crean.

Que la familia me abrigue

Alfonso Nacienceno

Disfrutar del amor profesado por los abuelos es un privilegio que merece concederle alta estima. Los hijos, nietos, la familia toda, han de reciprocarse con bondades a quienes durante décadas velaron por nosotros y fueron los puntales del hogar.

La vida, el interés por las cosas bellas, los momentos agradables, no terminan con la llegada a la tercera edad. Varían las artes y mañas para asumir esa realidad, cuando es preciso hallarle aristas positivas a la existencia en aras de sentirse útil, sin renegar ante la gradual disminución de la versatilidad de la mente y el cuerpo.

El paso inicial para encontrar acomodo en el inminente devenir, es aceptar el cambio, por ejemplo, al estilo de aquellos veteranos eternamente jóvenes, orgullosos y convencidos de que cada edad posee su encanto.

Si los más activos de la familia tienen plena conciencia de su rol, han de considerar que los abuelos no son muebles en desuso a los que se les arrincona y mucho menos se les niega opinar sobre cualquier tema, solo porque ya no poseen las mismas condiciones para aportar como en el pasado. Es injusto condenarlos a que se conviertan en simples mandaderos velando por cuanto producto llegue a la bodega, o limitarlos a cuidar de los menores para que sus padres salgan a disfrutar de una fiesta.

Mientras el envejecimiento gana terreno en Cuba, ello nos exige aumentar los puntos de apoyo que los descendientes debemos propiciar a quienes contribuyeron, desinteresadamente, con nuestra formación como hombres y mujeres, y hoy continúan esa bella obra amantes de los nietos.

La preocupación por mantenerlos saludables —en primer lugar correspondiente a la familia— ha de perdurar, con independencia de que la Revolución pone especial énfasis en mejorar las condiciones de los Hogares del Adulto Mayor, en los Círculos de Abuelos y continuará incrementando las garantías para las personas de la tercera edad.

Gracias a las instituciones antes mencionadas, a los programas de salud y al constante hincapié en que se ejerciten para elevar la calidad de vida, hoy muchos abuelos entran en su séptima, octava o novena década de vida con capacidad para valerse por sí mismos, dispuestos a departir en el hogar y con los vecinos del barrio. En cualquier lugar de la Isla donde residen, se convierten en un símbolo para la comunidad, son dignos de admiración y respeto.

CUIDAR AL CUIDADOR

También la realidad nos coloca ante el caso de un familiar urgido de ayuda para satisfacer sus necesidades y requiere de las atenciones de un cuidador. Este, más allá de los sinsabores, en reiteradas oportunidades descubre en sí mismo cualidades que nunca imaginó poseer.

Intensa es la experiencia, transitar por ella suma vivencias que pueden insuflar aliento y enriquecer el espíritu de otros de igual manera responsabilizados con la vida de una persona mayor apremiada de una asistencia especial.

El diario quehacer de alguien dedicado a velar por un ser querido acusará cambios sustanciales, situaciones para las que deberá prepararse, al variar sus relaciones con el resto de la familia y sus amistades, ver afectadas la posibilidad de trabajar y su economía, además de reducirse el tiempo libre.

La sobrecarga abrirá paso a la aparición del llamado síndrome del cuidador (agotamiento, trastorno del sueño, irritabilidad, ansiedad, cefaleas, sentimiento de tristeza). Por ello —de existir las condiciones— conviene asumir la faena entre varios integrantes de la familia, para aliviar el peso físico y síquico.

A contrapelo de los anteriores riesgos prevalecerá la convicción de por qué se afronta tal responsabilidad. Ello reconforta y da fuerzas para no claudicar en el deber de retribuir con el esfuerzo la entrega de los abuelos, pues los empeños por atenderlos como merecen no se comparan con lo que hicieron por nosotros, incluso, desde antes de haber nacido.